



Tirso de Molina
EL CONDENADO
POR
DESCONFIADO

arreglo de Manuel y
Antonio Machado

A RARS A 50

OBRAS DE
MANUEL Y ANTONIO MACHADO

PUBLICADAS EN

LA FARSA

- Núm. 42.—*Hernani* (Traducción, en verso, de la obra de Víctor Hugo).
- Núm. 62.—*Las Adelfas* (Original, tres actos, en verso).
- Núm. 97.—*La niña de plata* (Refundición de la obra de Lope de Vega).
- Núm. 114.—*La Lola se va a los puertos* (Original, tres actos, en verso).
- Num. 145.—*El condenado por desconfiado* (Refundición de la obra de Tirso de Molina).

TIRSO DE MOLINA

2368

EL CONDENADO POR DESCONFIADO

ARREGLO DE
MANUEL Y ANTONIO MACHADO
Y J. LOPEZ P. HERNÁNDEZ

Estrenado en el Teatro Español
de Madrid, el 2 de enero de 1924.

DIBUJOS DE CABALLERO



LA FARSA

AÑO IV

| 21 DE JUNIO DE 1930

| NUM. 145

MADRID

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

| | |
|--|-----------------------|
| <i>Enrico</i> | Ricardo Calvo. |
| <i>Paulo</i> | Miguel Muñoz. |
| <i>Un pastorcillo (el ángel)</i> | Amparo Martí. |
| <i>Demonio</i> | Carmen Muñoz. |
| <i>Anareto</i> | Emilio Portes. |
| <i>Celia</i> | María Herrero. |
| <i>Lidora</i> | Elisa Camo. |
| <i>Octavio</i> | I. Cantos. |
| <i>Pedrisco</i> | Jesús Tordesillas. |
| <i>Galván</i> | Alberto Contreras. |
| <i>Escalante</i> | Rafael Nieto. |
| <i>Roldán</i> | Luis Rufes. |
| <i>Cherinos</i> | Luis Domínguez Luna. |
| <i>Albano</i> | Francisco Martí. |
| <i>Gobernador de Nápoles</i> | Francisco Relea. |
| <i>Alcaide de la Cárcel</i> | I. Criado. |
| <i>Juez</i> | Rafael Torres Esquer. |



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Dos grutas entre elevados peñascos.

PAULO, de ermitaño.

PAULO.

¡Dichoso albergue mío!
¡Soledad apacible y deleitosa,
que en el calor y el frío
me dais posada en esta selva umbrosa!
Salgo a ver este cielo,
alfombra azul de aquellos pies hermosos.
¿Quién, ¡oh celeste velo!,
aquestos tafetanes luminosos
rasgar pudiera un poco
para ver?... ¡Ay de mí! Vuélvome loco.
Aquí los pajarillos,
amorosas canciones repitiendo
por juncos y tomillos,
de vos me acuerdan, y yo estoy diciendo:

«Si esta gloria da el suelo,
¿qué gloria será aquella que da el cielo?»
Aquí estos arroyuelos,
jirones de cristal en campo verde,
me quitan mis desvelos,
y causa son a que de vos me acuerde.
¡Tal es el gran contento
que infunde al alma su sonoro acento!
¡Bendito seas mil veces,
inmenso Dios, que tanto bien me ofrecest
Quiero, Señor divino,
pediros de rodilla humildemente
que en aqueste camino
siempre me conservéis piadosamente.
Ved que el hombre se hizo
de barro vil, de barro quebradizo.

(Entra en una de las grutas.)

ESCENA II

PEDRISCO, trayendo un haz de hierba.

PEDRISCO.

Como si fuera borrico,
vengo de hierba cargado,
de quien el monte está rico:
si esto como, ¡desdichado!,
triste fin me pronostico.
Y si puede ser, Señor,
pues que vuestro inmenso amor
todo lo imposible doma,
que sea santo y que coma,
mi Dios, mejor que mejor.
De mi tierra me sacó
Paulo, diez años habrá,
y aqueste monte apartó;
él en una cueva está
y en otra cueva estoy yo.
Aquí penitencia hacemos
y sólo hierbas comemos.
Más Paulo sale de la cueva oscura:
entrar quiero en la mía tenebrosa. *(Vase.)*

ESCENA III

PAULO

PAULO.

¡Qué desventura
y qué desgracia cierta, lastimosa!
El sueño me venció, viva figura
(por lo menos imagen tenebrosa)
de la muerte cruel, y al fin rendido
la devota oración puse en olvido.
Siguióse luego al sueño otro, de suerte
sin duda, que a mi Dios tengo enojado,
si no es que acaso el enemigo fuerte
haya a questa ilusión representado.
Siguióse al fin, ¡ay Dios!, el ver la muerte.
¡Qué espantosa figura! ¡Ay desdichado!
Si el verla en sueños causa tal quimera,
el que vivo la ve, ¿qué es lo que espera?
Tiróme el golpe con el brazo fuerte;
no cortó la guadaña, el arco toma.
La flecha en el derecho, en el siniestro
el arco miro que altiveces doma:
tiróme al corazón, yo que me muestro
al golpe herido, porque al cuerpo coma
la madre tierra como a su despojo,
desencarcelo el alma, el cuerpo arrojo.
Salió el alma en un vuelo, en un instante
vi de Dios la presencia. ¡Quién pudiera
no verle entonces! ¡Qué cruel semblante!
Resplandeciente espada y justiciera
en la derecha mano, y arrogante
(como ya por derecho suyo era)
el fiscal de las almas, miré a un lado,
que aun con ser victorioso estaba airado.
Leyó mis culpas y mi guarda santa
leyó mis buenas obras, y el Justicia
mayor del cielo, que es aquel que espanta
de la infernal morada la malicia,
las puso en dos balanzas: mas levanta
el peso de mi culpa y mi injusticia
mis buenas obras tanto, que el Juez Santo
me condena a los reinos del espanto.
Con aquella fatiga y aquel miedo
desperté, aunque temblando, y no vi nada
si no es mi culpa, y tan confuso quedo

que si no es a mi suerte desdichada,
o traza del contrario, ardid o enredo,
que vibra contra mí su ardiente espada,
no sé a qué lo atribuya. Vos, Dios Santo,
me declarad la causa de este espanto.
¿Heme de condenar, mi Dios divino,
como este sueño dice, o he de verme
en el sagrado alcázar cristalino?
Aqueste bien, Señor, habéis de hacerme.
¿Qué fin he de tener? Pues un camino
sigo tan bueno, no queráis tenerme
en esta confusión, Señor eterno.
¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?
Treinta años de edad tengo, Señor mío,
y los diez he gastado en el desierto;
y si viviera un siglo, un siglo fío
que lo mismo ha de ser: esto os advierto.
Si esto cumplo, Señor, con fuerza y brío,
¿qué fin he de tener? Lágrimas vierto.
Respondedme, Señor: Señor eterno.
¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?

ESCENA IV

EL DEMONIO, que aparece en lo alto de una peña. PAULO

DEMONIO. (*Invisible para Paulo.*)

Diez años ha que persigo
a este monje en el desierto;
recordándole memorias
y pasados pensamientos,
y siempre le he hallado firme,
como un gran peñasco opuesto.
Hoy duda en su fe: que es duda
de la fe lo que hoy ha hecho,
porque es la fe en el cristiano
que sirviendo a Dios y haciendo
buenas obras, ha de ir
a gozar de él en muriendo.
Este, aunque ha sido tan santo,
duda de la fe, pues vemos
que quiere del mismo Dios,
estando en duda, saberlo.
En la soberbia también
ha pecado, caso es cierto.
Nadie como yo lo sabe,

pues por soberbio padezco.
Y con la desconfianza
le ha ofendido, pues es cierto
que desconfía de Dios
el que a su fe no da crédito.
Un sueño la causa ha sido:
y el anteponer un sueño
a la fe de Dios, ¿quién duda
que es pecado manifiesto?
Y así me ha dado licencia
el Juez más supremo y recto
para que con mis engaños
le incite agora de nuevo.
Sepa resistir valiente
los combates que le ofrezco,
pues supo desconfiar
y ser como yo, soberbio.
Su mal ha de restaurar
de la pregunta que ha hecho
a Dios, pues a su pregunta
mi nuevo engaño prevengo.
De ángel ya tomé la forma
y responderé a su intento
cosas que le han de costar
su condenación, si puedo.

(Déjase ver en forma de ángel.)

PAULO. ¡Dios mío!, a questo os suplico.
¿Salvaréme, Dios inmenso?
¿Iré a gozar vuestra gloria?
Que me respondáis espero.
DEMONIO. Dios, Paulo, te ha escuchado
y tus lágrimas ha visto.

(Aparte.)

PAULO. ¡Qué mal el temor resisto!
Ciego en mirarlo he quedado.
DEMONIO. Me ha mandado que te saque
de esa ciega confusión,
por que esa vana ilusión
de tu contrario se aplaque.
Ve a Nápoles; y a la puerta
que llaman allá del mar,
que es por donde tú has de entrar
a ver tu ventura cierta
o tu desdicha, verás
cerca de allá (estáme atento)
un hombre...

PAULO. ¡Qué gran contento

DEMONIO.

con tus razones me das!
Que Enrico tiene por nombre,
hijo del noble Anareto.
Conocerásle, en efeto,
por señas; que es gentilhombre,
recio de cuerpo y gallardo.
No quiero decirte más,
porque apenas llegarás
cuando lo veas.

PAULO.

Aguardo
lo que le he de preguntar
cuando le llegare a ver.

DEMONIO.

Sólo una cosa has de hacer.

PAULO.

¿Qué he de hacer?

DEMONIO.

Verle y callar,
contemplando sus acciones,
sus obras y sus palabras.

PAULO.

En mi pecho ciego labras
quimeras y confusiones.
¿Sólo eso tengo de hacer?

DEMONIO.

Dios que en él repares quiere,
porque el fin que aquél tuviere
ese fin has de tener.

(Desaparece.)

PAULO.

¡Oh, misterio soberano!
¿Quién este Enrico será?
Por verle me muero ya.
¿Qué contento estoy, qué ufano!
Algún divino varón. ¿Quién lo duda?
debe de ser.

ESCENA V

PEDRISCO y PAULO

PEDRISCO. *(A parte.)*

Siempre la fortuna ayuda
al más flaco corazón.
Lindamente he manducado;
satisfecho quedo ya.

PAULO.

PEDRISCO.

A esos pies está
mi boca.

PAULO.

A tiempo ha llegado.
Los dos habemos de hacer
una jornada al momento.

PEDRISCO.

Brinco y salto de contento.
Mas ¿dónde, Paulo, ha de ser?

PAULO. A Nápoles.
 PEDRISCO. ¿Qué me dice?
 y ¿a qué, padre?

PAULO. En el camino
 sabrá un paso peregrino:
 ¡plegue a Dios que sea felice!

PEDRISCO. Corto el cuento habrá de ser,
 que si esa loma no fuera,
 toda la ciudad entera
 desde aquí se puede ver.
 Mas ¿seremos conocidos
 de los amigos de allá?

PAULO. Nadie nos conocerá,
 que vamos desconocidos
 en el traje y en la edad.

PEDRISCO. Diez años ha que faltamos:
 seguros pienso que vamos;
 que es tal la seguridad
 de este tiempo, que en un hora
 se desconoce al amigo.

PAULO. Vamos.

PEDRISCO. Vaya Dios conmigo.
 PAULO. ¡De contento el alma llora!
 A obedeceros me aplico,
 mi Dios; nada me desmaya,
 pues vos me mandáis que vaya
 a ver al dichoso Enrico.
 ¡Gran santo debe de ser!
 Lleno de contento estoy.

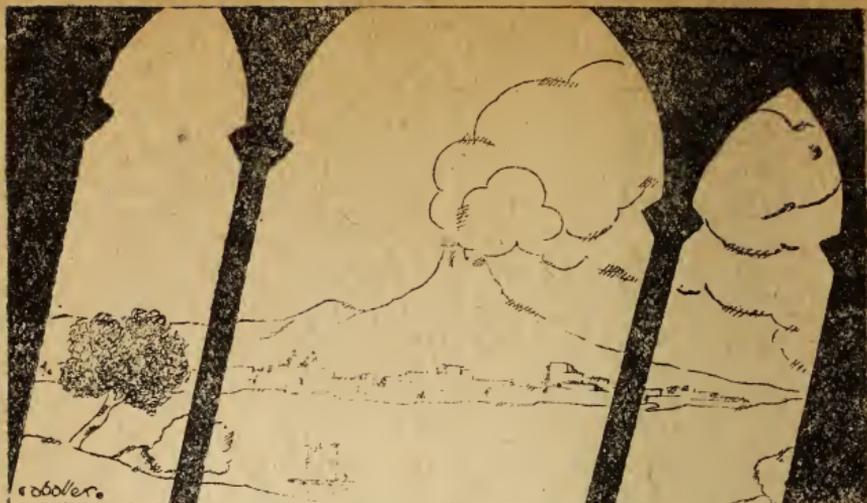
PEDRISCO. Y yo, pues contigo voy. *(Aparte.)*
 (No puedo dejar de ver,
 pues que mi bien es tan cierto
 con tan alta maravilla,
 el bodegón de Juanilla
 y la taberna del «Tuerto».) *(Vanse.)*

ESCENA VI

EL DEMONIO

DEMONIO. Bien mi engaño va trazado.
 Hoy verá el desconfiado
 de Dios y de su poder
 el fin que viene a tener,
 pues él propio lo ha buscado. *(Vase.)*

(Mutación.)



CUADRO SEGUNDO

ESCENA VII

Vista de Nápoles por la Puerta del Mar. PAULO y PEDRISCO, y al fin ENRICO, CELIA, ROLDAN y CHERINOS

- PEDRISCO. Maravillado estoy de tal suceso.
 PAULO. Secretos son de Dios.
 PEDRISCO. ¿De modo, padre,
 que el fin que ha de tener aqueste Enrico
 ha de tener también?
- PAULO. Faltar no puede
 la palabra de Dios: el ángel suyo
 me dijo que si Enrico se condena
 yo me he de condenar; y si él se salva,
 también me he de salvar.
- PEDRISCO. Sin duda, padre,
 que es un santo varón aqueste Enrico.
 PAULO. Eso mismo imagino.
 PEDRISCO. Esta es la puerta
 que llaman de la Mar.
 PAULO. Aquí me manda
 el ángel que le aguarde.
 PEDRISCO. Aquí vivía
 un tabernero gordo, padre mío,
 adonde yo acudía muchas veces;

y más allá si acaso se le acuerda,
vivía aquella moza rubia y alta
que arquero de la guarda parecía,
a quien él requebraba.

PAULO.

¡Oh, vil contrario!
Livianos pensamientos me fatigan.
¡Oh, cuerpo flaco! Hermano, escuche.

PEDRISCO.

PAULO.

Escucho.
El contrario me tiene con memoria
y parecidos gustos...

(*Echase en el suelo.*)

PEDRISCO.

PAULO.

Pues ¿qué hace?
En el suelo me arrojé de esta suerte
para que en él me pise. Llegue, hermano;
píseme muchas veces.

PEDRISCO.

En buen hora;
que soy muy obediente, padre mío.
(*Písale.*)

¿Písole bien?

PAULO.

PEDRISCO.

PAULO.

PEDRISCO.

Sí, hermano.
¿No le duele?
Pise y no tenga pena.

¡Pena, padre!
¿Por qué razón he yo de tener pena?
Piso y repiso, padre de mi vida;
mas temo no reviente, padre mío.
Píseme, hermano.

PAULO..

ROLDÁN.

(*Dentro.*)

Deteneos, Enrico.

ENRICO.

(*Dentro.*)

Al mar he de arrojalle, ¡vive el cielo!
A Enrico oí nombrar.

PAULO.

ENRICO.

(*Dentro.*)

¿Gente mendiga
ha de haber en el mundo?

CHERINOS.

(*Dentro.*)

Deteneos.

ENRICO.

(*Dentro.*)

Podrásme detener en arrojándole.

CELIA.

(*Dentro.*)

¿Adónde vas? Detente.

ENRICO.

(*Dentro.*)

No hay remedio;
harta merced te hago, pues te sacó
de tan grande miseria.

ROLDÁN.

(*Dentro.*)

¿Qué habéis hecho?

ESCENA VIII

ENRICO, CELIA, LIDORA, GALVAN, ROLDAN, ESCALANTE
CHERIÑOS, PAULO y PEDRISCO

(El Ermitaño y Pedrisco se retiran a un lado y observan. Los demás personajes ocupan el centro del proscenio.)

ENRICO. Llegó a pedirme un pobre una limosna, dolióme el verle con tan gran miseria; y porque no llegare a avergonzarse a otro desde hoy, cogíle en brazos y le arrojé en el mar.

PAULO. ¡Delito inmenso!

ENRICO. Ya no será más pobre, según pienso.

PEDRISCO. ¡Algún diablo limosna te pidiera!

CELIA. ¡Siempre has de ser cruel!

ENRICO. No me repliques,
que haré contigo y los demás lo mismo.

ESCALANTE. Dejemos eso agora, por tu vida.
Sentémonos los dos, Enrico amigo.

PAULO. *(A Pedrisco.)*
A este han llamado Enrico.

PEDRISCO. Será otro.
¿Querías tú que fuese este mal hombre, que en vida está ya ardiendo en los infiernos? ¡nos?

ENRICO. Pues siéntense voarcedes, porque quiero que haya conversación.

ESCALANTE. Muy bien ha dicho.

ENRICO. Siéntese, Celia, aquí.

CELIA. Ya estoy sentada.

ESCALANTE. Tú, conmigo, Lidora.

LIDORA. Lo mismo digo yo, seor Escalante.

PEDRISCO. Mira qué buenas almas, padre mío; lléguese más, verá de lo que tratan.

PAULO. ¡Que no viene mi Enrico!

PEDRISCO. Mire y calle,
que somos pobres, y este desalmado no nos eche en la mar.

ENRICO. Agora quiero
que cuente cada uno de voarcedes las hazañas que ha hecho en esta vida. Quiero decir... hazañas... Latrocinios,

cuchilladas, heridas, robos, muertes, salteamientos y cosas de este modo. Muy bien ha dicho Enrico.

ESCALANTE.
ENRICO.

Y al que hubiere hecho mayores males, al momento una corona de laurel le pongan, cantándole alabanzas y motetes. Soy contento.

ESCALANTE.
ENRICO.

Comience, seó Escalante. ¡Que esto sufra el Señor!

PAULO.
PEDRISCO.
ESCALANTE.
PEDRISCO.
ESCALANTE.

Nada le espante. Yo digo así.

¡Qué alegre y satisfecho! Veinticinco pobretes tengo muertos, seis casas he escalado y treinta heridas he dado con la chica.

PEDRISCO.

¡Quién te viera hacer en una horca cabriolas! Diga Cherinos.

ENRICO.
PEDRISCO.

¡Qué ruin nombre tiene! ¡Cherinos! Cosa poca.

CHERINOS.

Yo comienzo. No he muerto a ningún hombre; pero he más de cien puñaladas. [dado

ENRICO.

¿Y ninguna fué mortal?

CHERINOS.

Amparóles la fortuna. De capas que he quitado en esta vida y he vendido a un ropero, está ya rico. ¿Véndelas él?

ENRICO.
CHERINOS.

¿Pues no?

ENRICO.
CHERINOS.

¿No las conocen? Por quitarse de aquestas ocasiones, las convierte en ropillas y calzones. ¿Habéis hecho otra cosa?

ENRICO.
CHERINOS.

No me acuerdo. Mas ¿qué le absuelve ahora el ladronazo? Y tú ¿qué has hecho, Enrico?

PEDRISCO.
CELIA.

ENRICO.
ESCALANTE.

Oigan vuarce- [des. Nadie cuente mentiras. Yo soy hombre que en mi vida las dije.

GALVÁN.
PEDRISCO.

Tal se entiende. ¿No escucha, padre mío, estas razones? Estoy mirando a ver si viene Enrico.

PAULO.
ENRICO.

Haya, pues, atención.

CELIA.

Nadie te impide.

PEDRISCO.
ENRICO.

¡Miren a qué sermón atención pide!

Yo nací mal inclinado,
como se ve en los efectos
del discurso de mi vida
que referiros pretendo.
Con regalos me crié
en Nápoles, que ya pienso
que conocéis a mi padre,
que, aunque no fué caballero
ni de sangre generosa,
era muy rico, y yo entiendo
que es la mayor cualidad
de tener en este tiempo.
Crióme, al fin, como digo,
entre regalos, haciendo
travesuras cuando niño,
locuras cuando mancebo.
Hurtaba a mi viejo padre,
arcas y cofres abriendo,
los vestidos que tenía,
las joyas y los dineros.
Jugaba. Y digo jugaba
para que sepáis con esto
que de cuantos vicios hay
es el primer padre el juego.
Quedé pobre y sin hacienda,
y, como enseñado a hacerlo,
di en robar de casa en casa
cosas de pequeño precio.
Iba a jugar y perdía,
mis vicios iban creciendo.
Dí luego en acompañarme
con otros del arte mismo;
escalamos siete casas,
dimos la muerte a sus dueños;
lo robado repartimos
para dar caudal al juego.
De cinco que éramos todos,
sólo los cuatro prendieron,
y nadie me descubrió,
aunque les dieron tormento.
Pagaron en una plaza
su delito, y yo con esto,
de escarmentado acogíme
a hacer a solas mis hechos.
Ibame todas las noches
solo a la casa del juego,

donde, a su puerta, aguardaba
a que saliesen de adentro.
Pedía con cortesía
el barato, y cuando ellos
iban a sacar qué darme,
sacaba yo el fuerte acero,
que, riguroso, escondía
en sus inocentes pechos,
y por fuerza me llevaba
lo que ganando perdieron.
Quitaba de noche capas,
tenía diversos hierros
para abrir cualquiera puerta
y hacerme de todo el dueño.
Las mujeres estafaba;
y no dándome el dinero,
visitaba una navaja
su rostro luego al momento.
Aquestas cosas hacía
el tiempo que fuí mancebo;
pero escuchadme y sabréis
siendo hombre las que he hecho.
A treinta desventurados
yo solo y aqueste acero,
que es de la muerte ministro,
del mundo sacado habemos;
los diez, muertos por mi gusto,
y los veinte me salieron,
uno con otro, a doblón.
Diréis que es pequeño precio;
es verdad; mas, ¡voto a Dios!,
que en faltándome el dinero
que mate por un doblón
a cuantos me están oyendo.
Seis doncellas he forzado;
dichoso llamarme puedo,
pues seis he podido hallar
en este felice tiempo.
De una principal casada
me aficioné, y en secreto
habiendo entrado en su casa
a ejecutar mi deseo,
dió voces, vino el marido;
y yo, enojado y resuelto,
llegué con él a los brazos,
y tanto en ellos le aprieto,
que perdió tierra; y apenas

en este punto le veo,
cuando de un balcón le arrojé
y en el suelo cayó muerto.
Dió voces la tal señora;
y yo, sacando el acero,
le metí cinco o seis veces
en el cristal de su pecho,
donde puertitas de rubíes
en campos de cristal bellos
le dieron salida al alma
para que se fuera huyendo.
Por hacer mal solamente
he jurado juramentos
falsos, fingido quimeras,
hecho máquinas y enredos,
y un sacerdote que quiso
reprenderme con buen celo,
de un bofetón que le di
cayó en tierra medio muerto.
Porque supe que encerrado
en casa de un pobre viejo
estaba un contrario mío,
a la casa puse fuego,
y, sin poder remediallo,
todos se quemaron dentro,
y hasta dos niños hermanos
ceniza quedaron hechos.
No digo jamás palabra
si no es con un juramento,
con un pese o un por vida,
porque sé que ofendo al cielo.
En mi vida miña oí,
ni estando en peligros ciertos
de morir, me he confesado
ni invocado a Dios eterno.
No he dado limosna nunca,
aunque tuviese dineros;
antes persigo a los pobres,
como habéis visto el ejemplo.
No respeto a religiosos:
de sus iglesias y templos
seis cálices he robado
y diversos ornamentos
que sus altares adornan.
Ni a la justicia respeto.
Mil veces he resistido
y a sus ministros he muerto:

tanto, que para prenderme
no tienen ya atrevimiento.
Y, finalmente, yo estoy
preso por los ojos bellos
de Celia, que está presente.
Todos la tienen respeto
por mí que la adoro; y cuando
sé que le sobran dineros,
con lo que me da, aunque poco,
mi viejo padre sustento,
que ya le conoceréis
con el nombre de Anareto.
Cinco años ha que tullido
en una cama le tengo,
y tengo piedad con él
por estar pobre el buen viejo
y porque soy causa, al fin,
de ponelle en tal extremo
por jugarle yo su hacienda
el tiempo que fuí mancebo.
Todo es verdad lo que he dicho,
¡voto a Dios!, y que no miento.
Juzgad ahora vosotros
Cuál merece mayor premio.
Cierto, padre de mi vida,
que son servicios tan buenos
que puede ir a pretender
éste a la corte.

PEDRISCO.

ESCALANTE.

ROLDÁN.

CHERINOS.

CELIA.

ENRICO.

CELIA.

Confieso
que tú el lauro has merecido.
Y yo confieso lo mismo...
Todos lo mismo decimos.
El laurel darte pretendo.
Vivas, Celia, muchos años.

(Poniendo a Enrico una corona de laurel.)

Toma, mi bien; y con esto,
pues que la merienda aguarda,
nos vamos.

GALVÁN.

CELIA.

TODOS.

ENRICO.

Muy bien has hecho.
Digan todos: «¡Viva Enrico!»
¡Viva el hijo de Anareto!
Al punto todos nos vamos
a holgarnos y entretenernos.

(Vase Enrico y los que salieron con él.)

ESCENA IX

PAULO y PEDRISCO

PAULO. Salid, lágrimas, salid,
salid afuera del pecho,
no lo dejéis de vergüenza.
¡Qué lastimoso sucesos!

PEDRISCO. ¿Qué tiene, padre?

PAULO. ¡Ay, hermano!
Penas y desdichas tengo.
Este mal hombre que he visto
es Enrico.

PEDRISCO. ¿Cómo es eso?

PAULO. Las señas que me dió el ángel
son suyas.

PEDRISCO. ¿Es eso cierto?

PAULO. Sí, hermano; porque me dijo
que era hijo de Anareto
y aqúeste también lo ha dicho.

PEDRISCO. Pues aqúeste ya está ardiendo
en los infiernos.

PAULO. ¡Ay, triste!
Eso sólo es lo que temo.
El ángel de Dios me dijo
que si éste se va al infierno
que al infierno tengo de ir
y al cielo si éste va al cielo.
Pues al cielo, hermano mío,
¿cómo ha de ir éste, si vemos
tantas maldades en él,
tantos robos manifiestos,
crueldades y latrocinios
y tan viles pensamientos?

PEDRISCO. En eso ¿quién pone duda?
Tan cierto se irá al infierno
como el despensero Judas.

PAULO. ¡Gran Señor! ¡Señor eterno!
¿Por qué me habéis castigado
con castigo tan inmenso?
Diez años y más, Señor,
ha que vivo en el desierto
comiendo hierbas amargas,
salobres aguas bebiendo,
sólo porque vos, Señor,

juez piadoso, sabio, recto,
perdonarais mis pecados.
¡Cuán diferente lo veo!
Al infierno tengo de ir.
Ya me parece que siento
que aquellas voraces llamas
van abrasando mi cuerpo!
¡Ay, qué rigor!

PEDRISCO.
PAULO.

Ten paciencia.
¿Qué paciencia o sufrimiento
ha de tener el que sabe
que se ha de ir a los infiernos?
¡Al infierno! Centro oscuro
donde ha de ser el tormento
eterno y ha de durar
lo que Dios durare. ¡Ah, cielo!
¡Que nunca se ha de acabar!
¡Que siempre han de estar ardiendo
las almas! ¡Siempre! ¡Ay de mí!

PEDRISCO.

(*Aparte.*)

Sólo oírle me da miedo.
Padre, volvamos al monte.
Que allá volvamos pretendo;
pero no a hacer penitencia,
porque ya no es de provecho.
Dios me dijo que si aqueste
se iba al cielo, me iría al cielo
y al profundo si al profundo.
Pues es ansí seguir quiero
su misma vida; perdone
Dios aqueste atrevimiento:
si su fin he de tener,
tenga su vida y sus hechos;
que no es bien que yo en el mundo
esté penitencia haciendo
y que él viva en la ciudad
con gustos y con contentos
y que a la muerte tengamos
un fin.

PEDRISCO.

Es discreto acuerdo.

PAULO.

Bien ha dicho, padre mío,
En el monte hay bandoleros,
bandolero quiero ser
porque así igualar pretendo
mi vida con la de Enrico,
pues un mismo fin tendremos.
Tan malo tengo de ser

como él y peor si puedo;
que pues ya los dos estamos
condenados al infierno,
bien es que antes de ir allá
en el mundo nos vengamos.
¡Ah Señor! ¿quién tal pensara?
Vamos y déjate de eso
y de unos árboles altos
los hábitos ahorquemos.
Vístete galán.

PEDRISCO.

PAULO.

Sí haré
y yo haré que tengan miedo
a un hombre que siendo justo
se ha condenado al infierno.
Rayo del mundo he de ser.

PEDRISCO.

PAULO.

¿Qué se ha de hacer sin dineros?
Yo los quitaré al demonio
si fuese cierto el traerlos.

PEDRISCO.

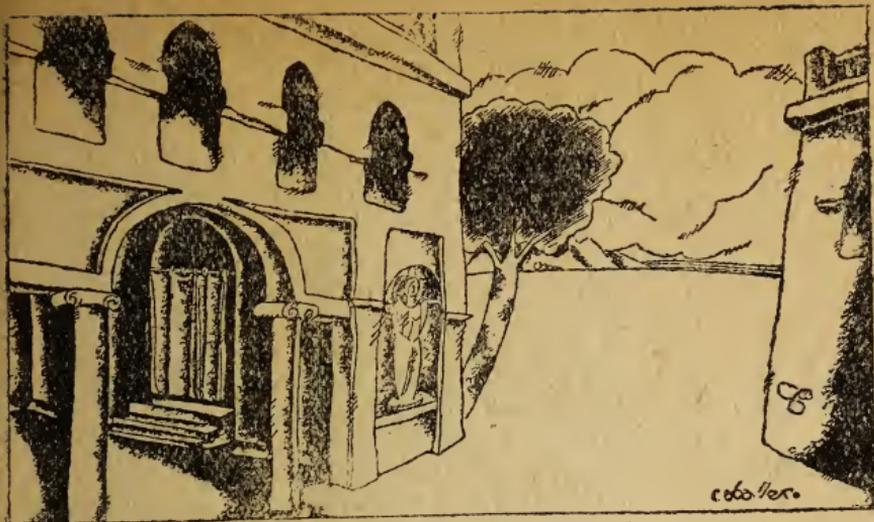
PAULO.

Vamos, pues.
Señor, perdona
si injustamente me vengo.
Tú me has condenado ya,
tu palabra es caso cierto
que atrás no puede volver.
Pues si es así, tener quiero
en el mundo buena vida,
pues tan triste fin espero.
Los pasos pienso seguir
de Enrico.

PEDRISCO.

Ya voy temiendo
que he de ir contigo a las ancas
cuando vayas al infierno.

TELON



ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Calle a la derecha del espectador. Zaguán por el que se ve una habitación en casa de Anareto, cerrada con una cortina. Al fondo, el campo, que debe figurar que termina en el mar.

ESCENA PRIMERA

En el zaguán. La cortina de la habitación debe estar corrida.
ENRICO y GALVÁN

ENRICO. ¡Válgate el diablo el juego!
¡Qué mal que me ha tratado!
GALVÁN. Siempre eres desdichado.
ENRICO. ¡Fuego en las manos, fuego!
¿Estáis descomulgadas?
GALVÁN. Echáronte a perder suertes trocadas.
ENRICO. Derechas no las gano.
Si las trueco, tampoco.
GALVÁN. Es que es un juego loco.
ENRICO. Esta derecha mano
me tiene destruído.
Noventa y nueve escudos he perdido.

GALVÁN. ¿Pues para qué estás triste,
que nada te costaron?

ENRICO. ¡Qué poco que duraron!
¿Viste tal cosa? ¿Viste
tal multitud de suertes?

GALVÁN. Con esa pesadumbre te diviertes
y no cuidas de nada;
y has de matar a Albano,
que de Laura el hermano
te tiene ya pagada
la mitad del dinero.

ENRICO. Sin blanca estoy, matar a Albano quiero.

GALVÁN. ¿Y aquesta noche, Enrico,
Cherinos y Escalante?...
ENRICO. Empresa es importante,
a ayudarlos me aplico.
¿No han de escalar la casa
de Octavio el genovés?

GALVÁN. Aqueso pasa.

ENRICO. Pues yo seré el primero
que suba a sus balcones;
en tales ocasiones
aventajarme quiero.
Ve y diles que aquí aguardo.

GALVÁN. Volando voy, que en todo eres gallardo.
(*Vase.*)

ESCENA II

ENRICO

ENRICO. Pues mientras ellos se tardan
y el manto lóbrego aguardan
que su remedio ha de ser,
quiero un viejo padre ver
que aquestas paredes guardan.
Cinco años ha que le tengo
en una cama tullido,
y tanto a estimarle vengo,
que con andar tan perdido,
a mi costa le mantengo.
De lo que Celia me da,
o yo por fuerza le quito,
traigo lo que puedo acá,
y su vida solicito
que acabando el curso va.

De lo que de noche puedo
varias casas escalando,
robar con cuidado o miedo,
voy su sustento aumentando
y a veces sin él me quedo.
Que esta virtud solamente
en mi vida distraída
conservo piadosamente,
que es deuda al padre debida
al serle el hijo obediente.
En mi vida le ofendí,
ni pesadumbre le di;
en todo cuanto mandó
siempre obediente me halló
desde el día en que nací;
que aquestas mis travesuras,
inocedades y locuras,
nunca a saberlas llegó;
que a saberlas, bien sé yo
que aunque mis entrañas duras,
de peña, al blanco cristal
opuesta, fueron formadas,
y mi corazón igual
a las fieras encerradas
en riscos de pedernal,
que las hubiera atajado:
pero siempre le he tenido
donde de nadie informado,
ni un disgusto ha recibido
de tantos como he causado.

(Descorre la cortina y aparece Anareto dormido en un sillón.)

ESCENA III

ANARETO y ENRICO

ENRICO.

Aquí está: quiérole ver.
Durmiendo está al parecer.
Padre.

(Enrico arrastra el sillón hasta la entrada del zaguán.)

ANARETO. *(Despertando.)*

¡Mi Enrico querido!
Del descuido que he tenido,

ENRICO

perdón espero tener
de vos, padre de mis ojos.
¿Heme tardado?

ANARETO.
ENRICO.
ANARETO.
ENRICO.

No, hijo.
No os quisiera dar enojos.
En verte me regocijo.
No el sol por celajes rojos
saliendo a dar resplandor
a la tiniebla mayor
que espera tan alto bien,
parece al día tan bien
como vos a mí, Señor.
Que vos para mí sois sol
y los rayos que arrojáis
de ese divino arrebol,
son las canas con que honráis
este reino.

ANARETO.
ENRICO.
ANARETO.
ENRICO.
ANARETO.

Eres crisol
donde la virtud se apura.
¿Habéis comido?
Yo, no.
Hambre tendréis.
La ventura
de mirarte me quitó
la hambre.

ENRICO.

No me asegura,
padre mío, esa razón
nacida de la afición
tan grande que me tenéis,
pero agora comeréis,
que las dos pienso que son
de la tarde. Yo la mesa
os quiero, padre, poner.
De tu cuidado me pesa.
Todo esto y más ha de hacer
el que obediencia profesa.

ANARETO.
ENRICO.

(*Aparte.*) Del dinero que jugué
un escudo reservé
para comprar que comiese:
porque aunque al juego le pese,
no ha de faltarme esta fe.

(*Alto*) Aquí traigo en el lenzuelo,
padre mío, qué comáis.
Estimad mi justo celo.
Bendito, mi Dios, seáis
en la tierra y en el cielo,
pues que tal hijo me distes

ANARETO.

ANARETO.

que por sólo obedecerte
me sujeto al casamiento.
Pues, Enrico, como viejo
te quiero dar un consejo.
No busques mujer hermosa,
porque es cosa peligrosa
ser en cárcel mal segura
alcaide de una hermosura,
donde es la afrenta forzosa.
Está atento, Enrico.

ENRICO.
ANARETO.

Di.

Y nunca entienda de ti
que de su amor no te fías:
que viendo que desconfías,
todo lo ha de hacer ansí.
Con tu mismo ser la iguala;
ámala, sirve y regala;
con celos no la des pena;
que no hay mujer que sea buena
si ve que piensan que es mala.
No declares tu pasión
hasta llegar la ocasión,
y luego... (*Duérmese.*)

ENRICO.

Vencióle el sueño,
que es de los sentidos dueño,
al dar la mejor lección.
Quiero la ropa llegarle,
y de esta suerte dejarle
hasta que repose.

(Arrópale y arrastra otra vez el sillón al interior de la habitación.)

ESCENA IV

GALVAN y ENRICO

GALVÁN.

Ya
todo prevenido está
y mira que por la calle
viene Albano.

ENRICO.
GALVÁN.

¿Quién?

ENRICO.

Albano,
a quien la muerte has de dar.
¿Pues yo he de ser tan tirano?

GALVÁN.
ENRICO.

¡Cómo!

¿Yo le he de matar
por un interés liviano?

GALVÁN.
ENRICO.

¿Ya tienes temor?

Galván,
estos dos ojos que están
con este sueño cubiertos,
por temer que estén despiertos,
aqueste temor me dan.
No me atrevo, aunque mi nombre
tiene un altivo renombre
en las memorias escrito,
intentar tan gran delito
donde está durmiendo este hombre.
¿Quién es?

GALVÁN.
ENRICO.

Un hombre eminente,
a quien temo solamente,
y en esta vida respeto:
que para el hijo discreto
es el padre muy valiente.
Si conmigo le llevara
siempre, nunca yo intentara
los delitos que condeno,
pues fuera su vista el freno
que en la ocasión me tirara.
Pero corre esa cortina;
que al no verle podrá ser
(pues mi valor afemina)
que rigor venga a tener
si ahora a piedad me inclina.

GALVÁN.

(*Corre la cortina.*).

Ya está corrida.

ENRICO.

Galván
ahora que no le veo,
ni sus ojos luz me dan,
matemos, si es tu deseo,
cuantos en el mundo están.
Pues mira que viene Albano,
y que de Laura al hermano
que le des muerte conviene.
Pues él a buscarla viene,
dale por muerto.

GALVÁN.

ENRICO.

GALVÁN.

Eso es llano. (*Vanse.*)

ESCENA V

En la calle.

ALBANO y un momento después ENRICO y GALVAN

ALBANO.

(Cruzando la calle.)

El sol poniente va,
como va mi edad también,
y con cuidado estará
mi esposa. *(Vase.)*

ENRICO.

*(Que se ha quedado inmóvil mirando a Albano
al tiempo de salir.)*

GALVÁN.

ENRICO.

Brazo, detén.

¿Qué aguardas, Enrico, ya?
Miro un hombre que es retrato
y viva imagen de aquel
a quien siempre de honrar trato:
pues di, si aquí soy cruel,
¿no seré a mi padre ingrato?
Hoy de mis manos tiranas
por ser viejo, Albano, ganas
la cortesía que esperas:
que son piadosas terceras
aunque mudas, esas canas.
Vete libre: que repara
mi honor (que aquí se declara,
aunque a mi opinión no cuadre)
que pensara que a mi padre
mataba, si te matara.
Canas, las que os aborreceu,
hoy a estimaros empiecen:
poco las ofenderán,
pues tan seguras se van
cuando enemigos se ofrecen.
Vive Dios, que no te entiendo.
Otro eres ya del que fuiste.
Poco mi valor ofendo.
Darle la muerte pudiste.
No es eso lo que pretendo.
A nadie temí en mi vida:
varios delitos he hecho,
he sido fiero homicida,
y no hay maldad que en mi pecho
no tenga siempre acogida;

GALVÁN.

ENRICO.

GALVÁN.

ENRICO.

pero en llegando a mirar
las canas que supe honrar
porque en mi padre las vi,
todo el furor reprimí,
y las procuré estimar.
Si yo supiera que Albano
era de tan larga edad,
nunca de Laura al hermano
prometiera tal crueldad.
Respeto fué necio y vano.
El dinero que te dió
por fuerza habrás de volver,
ya que Albano no murió.
Podrá ser.

GALVÁN.

ENRICO.

GALVÁN.

ENRICO.

GALVÁN.

¿Qué es podrá ser?
Podrá ser si quiero yo.
El viene.

ESCENA VI

OCTAVIO.

A Albano encontré
vivo y sano como yo.
Yo lo creo.

ENRICO.

OCTAVIO.

Y no pensé
que la palabra que dió
de matarle vuesarcé,
no se cumpliera tan bien
como se cumplió la paga.
Esto, ¿es ser hombre de bien?

GALVÁN.

(Aparte.)

Este busca que le den
un bofetón con la daga.
No mato a hombres viejos yo:
y si a voarcé le ofendió,
vaya y mátele al momento;
que yo quedo muy contento
con la paga que me dió.

OCTAVIO.

ENRICO.

El dinero ha de volverme.
Váyase voarcé con Dios.
No quiera enojado verme:
que ijuro a Dios!...

*(Sacan las espadas Octavio y Enrico y se
acuchillan.)*

GALVÁN.

Ya los dos
riñen: el diablo no duerme.

OCTAVIO.
ENRICO.
OCTAVIO.
ENRICO.

Mi dinero he de cobrar.
Pues yo no lo pienso dar.
Eres un gallina.
Mientes.

(Le hiere.)

OCTAVIO.

Muerto soy.

(Cae.)

ENRICO.
GALVÁN.
ENRICO.

Mucho lo sientes.
Hubiérase ido a acostar.
A hombres como tú, arrogantes,
doy la muerte yo, no a viejos
que con canas y consejos
vencen ánimos gigantes.
Y si quisieres probar
lo que llevo a sustentar,
pide a Dios, si El lo permite,
que otra vez te resucite,
y te volveré a matar.

ESCENA VII

EL GOBERNADOR, esbirros, gente, ENRICO y GALVAN

GOBERNAD. *(Antes de salir.)*

Prendedle, dadle muerte.

GALVÁN.

Aquesto es malo.

Más de cien hombres vienen a prenderte
con el gobernador.

ENRICO.

Vengan seiscientos.

Si me prende, Galván, mi muerte es cierta;
si me defiende, puede hacer mi dicha
que no me maten y que yo me escape;
y más quiero morir con honra y fama.
Aquí está Enrico. ¿No llegáis, cobardes?
Cercado te han por todas partes.

GALVÁN.

ENRICO.

Cerquen:

que vive Dios que tengo de arrojarme
por entre todos.

GALVÁN.

ENRICO.

Tus hazañas sigo.

Pues haz cuenta que César va contigo.

*(Salen el Gobernador y los que le acompañan.
Enrico y Galván los acometen.)*

GOBERNAD. ¿Eres demonio?
 ENRICO. Soy un hombre solo
 que huye de morir.
 GOBERNAD. Pues date preso,
 y yo te libraré.
 ENRICO. No pienso en eso.
 (Lidiando.)
 GALVÁN. Así habéis de prenderme.
 Sois cobardes.
 (Enrico sigue acosando a los ministros de justicia; el Gobernador se interpone y Enrico le da una estocada. Los esbirros dejan pasar a Enrico y a Galván.)
 GOBERNAD. (Cayendo en brazos de los suyos.)
 UN ESBIRRO. ¡Ay de mí! Muerto soy.
 ¡Grande desdicha,
 mató al Gobernador!
 OTRO. ¡Mala palabra!
 (Vanse todos.)

ESCENA VIII

Se verifica al fondo, ya en el campo.

ENRICO y GALVÁN

ENRICO. Ya aunque la tierra sus entrañas abra,
 y en ellas me sepulte, es imposible
 que me pueda escapar: tú, mar, soberbio,
 en tu centro me esconde; con la espada
 puesta en la boca, tengo de arrojarme.
 Tened misericordia de mi alma,
 Señor inmenso, que aunque soy tan malo,
 no dejo de tener conocimiento
 de vuestra santa fe. Pero, ¿qué hago?
 ¡Al mar quiero arrojarme cuando dejo
 triste, afligido un miserable viejo!
 Al padre de mi vida volver quiero,
 y llevarle conmigo; a ser Eneas
 del viejo...
 GALVÁN. ¿Dónde vas? Detente.
 UNA VOZ. (Dentro.)
 Seguidme por aquí.
 GALVÁN. Guarda tu vida.
 ENRICO. Perdonad, padre mío de mis ojos,

el no poder llevaros en mis brazos,
aunque en el alma bien sé yo que os llevo.
Sígueme tú, Galván.

GALVÁN.
ENRICO.
GALVÁN.
ENRICO.

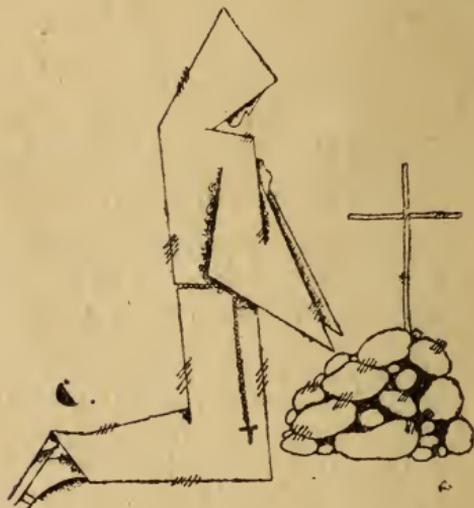
Ya yo te sigo.
Por tierra no podemos escaparnos.
Pues arrójome al mar.

Su centro airado
sea sepulcro mío. ¡Ay, padre amado!
¡Cuánto siento el dejaros!

GALVÁN.
ENRICO.

Ven conmigo.
Cobarde soy, Galván, si no te sigo.

(Vanse.) (Mutación.)





CUADRO CUARTO

ESCENA IX

Selva. PAULO y PEDRISCO, de bandoleros; otros bandoleros que traen presos a tres caminantes.

BAND. I.º

A ti solo, Paulo fuerte,
pues que ya todos te damos
palabra de obedecerte,
que sentencias esperamos
estos tres a vida o muerte.

PAULO.

¿Dejáronnos ya el dinero?

PEDRISCO.

Ni una blanca nos han dado.

PAULO.

Pues ¿qué aguardas, majadero?

PEDRISCO.

Habémoselo quitado.

PAULO.

¿Que ellos no lo dieron? Quiero
sentenciar a todos tres.

PEDRISCO.

Ya esperamos ver lo que es.

CAMINANTE I.º

Ten con nosotros piedad.

PAULO.

De ese roble los colgad.

LOS TRES CAM.

¡Gran Señor!

PEDRISCO.

Moved los pies;
que seréis fruta estimada
en esta selva apartada
para las aves rapantes.

PAULO. (A Pedrisco.)

PEDRISCO.

De esta crueldad no te espantes.
Yo no me espanto de nada,
porque verte ayer, señor,
ayunar con tal fervor,
y en la oración ocupado
en tu Dios arrebatado,
pedirle ánimo y favor
para proseguir tu vida
en tan grande penitencia,
y en esta selva escondida
verte hoy con tanta violencia,
capitán de forajida
gente, matar pasajeros
tras hurtarles los dineros,
¿qué más se puede esperar?
Ya no me pienso espantar
de nada.

PAULO.

Los hechos fieros
de Enrico imitar pretendo
y aun le quisiera exceder.
Perdone Dios si le ofendo:
que si uno el fin ha de ser
esto es justo y yo me entiendo.

PEDRISCO.

Así al otro le decían
que la escalera rodaba
otros que rodar le vían.

PAULO.

¡Que a mí que a Dios adoraba
y por santo me tenían
en este circunvecino
monte, el globo cristalino
rompiendo el ángel veloz
me obligase con su voz
a dejar tan buen camino,
dándome el premio tan malo!
Pues hoy verá el cielo en mí
si en las crueldades igualo
a Enrico.

PEDRISCO.

PAULO.

¡Triste de ti!
Fuego por la vista exhalo.
Hoy, fieras, que en horizontes
y en napolitanos montes
hacéis dulce habitación,
veréis que mi corazón
vence a soberbios faetontes.
Hoy, árboles, que plumajes
sois de la tierra, o salvajes

por lo verde que os vestís,
el huésped que recibís
os hará varios ultrajes.
Más que la Naturaleza
he de hacer por cobrar fama:
pues para mayor grandeza
he de dar a cada rama
cada día una cabeza.
Ve y cuélgalos al momento
de un roble.

PEDRISCO.
CAM. 1.º
PAULO.

Voy como el viento.
¡Señor!

No me repliquéis,
si acaso ver no queréis
el castigo más violento.
Venid los tres.

PEDRISCO.
CAM. 2.º
PEDRISCO.

¡Ay de mí!
Yo he de ser verdugo aquí,
pues a mi dicha le plugo,
para enseñar al verdugo
cuando me ahorquen a mí.

(Vanse Pedrisco y todos los bandoleros, excepto uno, llevándose a los caminantes.)

ESCENA X

PAULO y un BANDOLERO.

PAULO.

(Para sí.)

Enrico, si de esta suerte
yo tengo de acompañarte,
y si te has de condenar,
contigo me has de llevar;
que nunca pienso dejarte.
Palabra de un ángel fué;
tu camino seguiré;
pues cuando Dios, Juez eterno,
nos condenare al infierno,
ya habemos hecho por qué.

UNA VOZ.

(Dentro y cantando.)

No desconfíe ninguno,
aunque grande pecador,
de aquella misericordia
de que más se precia Dios.

PAULO.

¿Qué voz es esta que suena?

BAND. 1.º

LA VOZ.

PAULO.

BAND. 2.º

LA VOZ.

(Vase.)

La gran multitud, señor,
de esos robles, nos impide
ver dónde viene la voz.
Con firme arrepentimiento
de no ofender al Señor
llegue el pecador humilde,
que Dios le dará perdón.
Sube por aqueese monte,
y ve si es algún pastor
el que canta este romance.
Al momento a verlo voy.

La majestad soberana
da voces al pecador,
por que le llegue a pedir
lo que a ninguno negó.

ESCENA XI

Un PASTORCILLO, que aparece en lo alto del monte tejiendo un
corona de flores. PAULO

PAULO.

Baja, baja, pastorcillo;
que ya estaba, vive Dios,
confuso con tus razones,
admirado de tu voz.
¿Quién te enseñó ese romance,
que le escucho con temor,
pues parece que en ti canta
mi propia imaginación?

PASTORC.

Ese romance que he dicho,
Dios, señor, me lo enseñó.
¡Dios!

PAULO.

PASTORC.

O la Iglesia, su Esposa,
a quien en la tierra dió
poder suyo.

PAULO.

PASTORC.

Bien dijiste.
Advierte que creo en Dios
a pie juntillas y sé,
aunque rústico pastor,
todos los diez mandamientos,
preceptos que Dios nos dió.
¿Y Dios ha de perdonar
a un hombre que le ofendió

PAULO.

con obras y con palabras
y pensamientos?

PASTORC.

¿Pues no?

Aunque sus ofensas sean
más que átomos hay del sol,
y que estrellas tiene el cielo,
y rayos la luna dió,
y peces el mar salado
en sus cóncavos guardó.
Es tal su misericordia,
que con decirle al Señor
«pequé, pequé» muchas veces,
él recibe al pecador
en sus amorosos brazos,
que en fin hace como Dios:
porque si no fuera aquesto,
cuando a los hombres crió,
no los criara sujetos
a su frágil condición.
Porque si Dios, Sumo bien,
de nada al hombre formó
para ofrecerle su gloria,
no fuera ningún blasón
en su Majestad divina
darle aquella imperfección.
Dióle Dios libre albedrío,
y fragilidad le dió
al cuerpo, y al alma luego
dió potestad con acción
de pedir misericordia,
que a ninguno le negó.
De modo, que si en pecando
el hombre el justo rigor
procediera contra él,
fuera el número menor
de los que en el sacro alcázar
están contemplando a Dios.
Mil ejemplos os dijera
a estar despacio, señor,
mas mi ganado me aguarda
y ha mucho que ausente estoy.
Tente, pastor, no te vayas.
No puedo tenerme, no:
que ando por aquestos valles
recogiendo con amor
una ovejuela perdida
que del rebaño se huyó:

PAULO.
PASTORC.

y esta corona que veis
hacerme con tanto amor
es para ella, si parece,
porque hacérmela mandó
el mayoral, que la estima
del modo que le costó.
El que a Dios tiene ofendido,
pídale perdón a Dios,
porque es Señor tan piadoso
que a ninguno lo negó.
Águarda, pastor.

PAULO.
PASTORC.
PAULO.
PASTORC.

No puedo.
Por fuerza te tendré yo.
Será detenerme a mí
parar en su curso al sol.

(Vásele de entre las manos.)

ESCENA XII

PAULO

PAULO.

Este pastor me ha avisado
en su forma peregrina,
no humana, sino divina,
que tengo a Dios enojado
por haber desconfiado
de su piedad (claro está):
y con ejemplos me da
a entender piadosamente
que el hombre que se arrepiente
perdón en Dios hallará.
Pues si Enrico es pecador
¿no puede también hallar
perdón? Ya vengo a pensar
que ha sido grande mi error.
Mas, ¿cómo dará el Señor
perdón, a quien tiene nombre,
¡ay de mí!, del más mal hombre
que en este mundo ha nacido?
Pastor, que de mí has huído,
no te espante que me asombre.
¿Por qué, pastor, queréis vos
que halle su remedio medio
en la clemencia de Dios?
Alma, ya no hay más remedio
que el condenarnos los dos.

ESCENA XIII

PAULO y PEDRISCO

PEDRISCO.

Escucha, Paulo, y sabrás,
aunque de ello ajeno estás,
y lo atribuyas a engaño,
el suceso más extraño
que tú habrás visto jamás.
En una verde ribera
de tantas fieras aprisco,
donde el cristal reverbera
cuando el afligido risco
su tremendo golpe espera,
después de dejar colgados
aquellos tres desdichados,
estábamos Celio y yo
cuando una voz que se oyó
nos dejó medio turbados.
«Que me ahogo», dijo, y vimos
cuando la vista tendimos
dos hombres nadar valientes
(con la espada entre los dientes
uno), y a sacarlos fuimos.
Como en la mar hay tormenta
y está de sangre sedienta,
para anegallos bramaba:
ya en las estrellas los clava,
ya en su centro los asienta.
En los cristales, no helados,
las dos cabezas se vían
de aquestos dos desdichados,
y las olas parecían
ser tablas de degollados.
Llegaron, al fin, mostrando
el valor que significo;
mas, por no estarte cansando,
has de saber que es Enrico
el uno.

PAULO.
PEDRISCO.

PAULO.
PEDRISCO.

Estoilo dudando.
No lo dudes, pues yo llego
a decirlo, y no estoy ciego.
¿Vístele tú?

Vile yo.

PAULO.
PEDRISCO.

¿Qué hizo al salir?

Echó
un por vida y un reniego.
¡Mira qué gracias le daba
a Dios, que así le libraba!

PAULO.

(Para sí.)

¡Y dirá ahora el pastor
que le ha de dar el Señor
perdón! El juicio me acaba.
Mas poco puedo perder,
pues aquí le llego a ver,
en proballe la intención.

PEDRISCO.

PAULO.

Ya le trae tu escuadrón.
Pues oye lo que has de hacer.

(Habla aparte con Pedrisco.)

ESCENA XIV

ENRICO y GALVAN, mojados y las manos atadas, conducidos por
bandoleros. PAULO y PEDRISCO

ENRICO.
BAND. I.º

¿Dónde me lleváis así?
El capitán está aquí
que la respuesta os dará.

PAULO.

(A Pedrisco.)

Haz esto.

(Vase.)

PEDRISCO.
BAND. I.º
PEDRISCO.

Todo se hará.
Pues ¿vase el capitán?

Sí.

¿Dónde iban vuestras mercedes
que en tan gran peligro dieron
como es caminar por agua?
¿No responden?

ENRICO.
PEDRISCO.

Al infierno.

Pues ¿quién le mete en cansarse
cuando hay diablos tan ligeros
que le llevarán de balde?

ENRICO.
PEDRISCO.

Por agradecerles menos.
Habla voarcé muy bien
y habla muy a lo discreto,
en no agradecer al diablo
cosa que haga en su provecho.
¿Cómo se llama voarcé?

ENRICO.
PEDRISCO.

Llámome el diablo.
¿Y por eso
se quiere arrojar al mar
para remojar el fuego?
¿De dónde es?

ENRICO.

Si de cansado
de reñir con agua y viento
no arrojara al mar la espada,
yo os respondiera bien presto
a vuestras necias preguntas
con los filos de su acero.

PEDRISCO.

Oye, hidalgo: no se atufe
ni nos eche tantos retos;
que juro a Dios, si me enojo,
que le barrene ese cuerpo
más de setecientas veces,
sin las que a su nacimiento
barrenó Naturaleza.
Y ha de advertir que está preso,
y que si es valiente, yo
soy valiente como un Héctor;
y que si él ha hecho muertes,
sepa que también yo he muerto
muchas hambres y candiles
y muchas pulgas a tienta;
y si es ladrón, soy ladrón
y soy el demonio mismo.
Y, ¡por vida!...

BAND. I.º
ENRICO.
PEDRISCO.

Bueno está.
(Ap.) ¿Esto sufro y no me vengo?
Ahora ha de quedar atado
a un árbol.

ENRICO.

No me defiendo.
Haced de mí vuestro gusto.

PEDRISCO.

(A Galván.)
Y él también.

GALVÁN.
PEDRISCO.

(Aparte.) De esta vez muero.
(A Galván.)

Si son como vuestra cara,
vos tenéis bellacos hechos.
¡Ea!, llegadlos a atar,
que el capitán gusta de ello.

(A Enrico.)
Llegad al árbol.

ENRICO.

¡Que así
me quiera tratar el cielo!
(Ata a un árbol a Enrico y después a Galván.)

PEDRISCO. Llegad vos.
 GALVÁN. Tened piedad.
 PEDRISCO. Vendarles los ojos quiero
 con las ligas a los dos.
 GALVÁN. (*A parte.*)
 ¿Vióse tan extraño aprieto?
 Mire vuesarcé que yo
 vivo de su oficio mesmo
 y que soy ladrón también.
 PEDRISCO. Ahorrará con aquesto
 de trabajo a la justicia
 y al verdugo de contento.
 BAND. I.º Ya están vendados y atados.
 PEDRISCO. Las flechas y arcos tomemos,
 y dos docenas no más
 clavemos en cada cuerpo.
 BAND. I.º Vamos.
 PEDRISCO. (*Bajo a los bandoleros.*)
 Aquesto es fingido;
 nadie los ofenda.
 BAND. I.º (*Bajo a Pedrisco.*)
 Creo
 que el capitán los conoce.
 PEDRISCO. (*Bajo a los bandoleros.*)
 Vamos y así los dejemos.
 (*Vanse.*)

ESCENA XV

ENRICO y GALVAN, atados al árbol.

GALVÁN. Ya se van a asaetearnos.
 ENRICO. Pues no por aqueso pienso
 mostrar flaqueza ninguna.
 GALVÁN. Ya me parece que siento
 una jara en estas tripas.
 ENRICO. Vénguese en mí el justo cielo;
 que quisiera arrepentirme,
 y cuando quiero, no puedo.

ESCENA XVI

PAULO, de ermitaño, con cruz y rosario. ENRICO y GALVAN

- PAULO. *(Aparte.)*
Con esta traza he querido
probar si este hombre se acuerda
de Dios, a quien ha ofendido.
- ENRICO. ¡Que un hombre la vida pierda
de nadie visto ni oído!
- GALVÁN. Cada mosquito que pasa
me parece que es saeta.
- ENRICO. El corazón se me abrasa.
¡Que mi fuerza esté sujeta!
¡Ah, fortuna, en todo escasa!
- PAULO. Alabado sea el Señor.
- ENRICO. Sea por siempre alabado.
- PAULO. Sabed, con vuestro valor,
llevar este golpe airado
de fortuna.
- ENRICO. ¡Qué rigor!
¿Quién sois vos que así me habláis?
- PAULO. Un monje que este desierto
donde la muerte esperáis
habita.
- ENRICO. ¡Bueno, por cierto!
Y ahora ¿qué nos mandáis?
- PAULO. A los que al roble os ataron
y a mataros se apartaron
supliqué con humildad
que ya que con tal crueldad
de daros muerte trataron,
que me dejasen llegar
a hablaros.
- ENRICO. ¿Y para qué?
- PAULO. Por si os queréis confesar,
pues seguís de Dios la fe.
- ENRICO. Pues bien se puede tornar,
padre, o lo que es.
- PAULO. ¿Qué decís?
- ENRICO. ¿No sois cristiano?
- PAULO. Sí, soy.
No lo sois, pues no admitís
el último bien que os doy.
¿Por qué no lo recibís?

ENRICO.
PAULO.

Porque no quiero.
(*Aparte.*)

¡Ay de mí!

Esto mismo presumí.
¿No veis que os han de matar
ahora?

ENRICO.

¿Quiere callar,
hermano, y dejarme aquí?
Si esos señores ladrones
me dieran muerte, aquí estoy.

PAULO.

(*Aparte.*)

¡En qué grandes confusiones
tengo el alma!

ENRICO.

Yo no doy
a nadie satisfacciones.

PAULO.

A Dios, sí.

ENRICO.

Si Dios ya sabe
que soy tan gran pecador,
¿para qué?

PAULO.

¡Delito grave!
Para que su sacro amor
de darle perdón acabe.

ENRICO.

Padre: lo que nunca he hecho
tampoco he de hacer ahora.

PAULO.

Duro peñasco es su pecho.

ENRICO.

¿Galván? ¿Qué hará la señora
Celia?

GALVÁN.

Puestò en tanto estrecho,
¿quién se ha de acordar de nada?

PAULO.

No se acuerde de esas cosas.

ENRICO.

Padre mío, ya me enfada.

PAULO.

Estas palabras piadosas
¿le ofenden?

ENRICO.

Cosa es cansada;
pues si no estuviera atado,
ya yo le hubiera arrojado
de una coz dentro del mar.

PAULO.

Mire que le han de matar.

ENRICO.

Ya estoy de aguardar cansado.

GALVÁN.

Padre, confiésemme a mí,
que ya pienso que estoy muerto.

ENRICO.

Quite esa liga de aquí,
padre.

PAULO.

Sí haré, por cierto.

(*Quita la venda a Enrico y después a Galván.*)

ENRICO.

Gracias a Dios que ya vi.

GALVÁN.

Y a mí también.

PAULO.

En buen hora.

Y vuelva la vista agora
a los que a matarlos vienen.

ESCENA XVII

BANDOLEROS con escopetas y ballestas. DICHOS

ENRICO.

Pues ¿para qué se detienen?

PEDRISCO.

Pues ya que su fin no ignora,
diga: ¿por qué no confiesa?

ENRICO.

No me quiero confesar.

PEDRISCO.

(A un bandolero.)

Celio, el pecho le atraviesa.

PAULO.

Dejad que le vuelva a hablar.

Desesperación es esa.

PEDRISCO.

¡Ea!, llegadle a matar.

PAULO.

Deteneos (¡triste penal),
porque si éste se condena
me queda más que dudar.

ENRICO.

Cobardes sois. ¿No llegáis
y puerta a mi pecho abris?

PEDRISCO.

De esta vez no os detengáis.

PAULO.

Aguardad, que si le herís
más confuso me dejáis.

Mira que eres pecador,
hijo.

ENRICO.

Y del mundo el mayor,
ya lo sé.

PAULO.

Tu bien espero.
Confiésate a Dios.

ENRICO.

No quiero,
cansado predicador.

PAULO.

Pues salga del pecho mío,
si no dilatado río
de lágrimas, tanta copia,
que se anegue el alma propia,
pues ya de Dios desconfío.

Dejad de cubrir, sayal,
mi cuerpo, pues está mal,
según siente el corazón,
una rica guarnición
sobre tan falso cristal.

(Desnúdase el saco de ermitaño.)

Mi adverso fin no resisto,
pues mi desventura he visto,
y da' claro testimonio
el vestirme de demonio
y el desnudarme de Cristo.
Colgad ese saco ahí
para que diga, ¡ay de mí!:
«En tal puesto me colgó
Paulo, que no mereció
la gloria que encierro en mí.»
Dadme la daga y la espada:
esa aún podéis tomar;
ya no hay esperanza en nada,
pues no me sé aprovechar
de aquella sangre sagrada.
Desatadlos.

(Los bandoleros sueltan a Enrico y a Galván.)

ENRICO.

Ya lo estoy,

GALVÁN.

y lo que he visto no creo.

PAULO.

Gracias a los cielos doy.

Saber la verdad deseo.

¡Qué desdichado que soy!

¡Oh, Enrico!: nunca nacieras,

nunca tu madre te echara

donde gozando la luz

fuiste de mis males causa:

o pluguiera a Dios que ya

que infundido el cuerpo y alma

saliste a luz, en sus brazos

te diera la muerte un ama,

un león te deshiciera,

una osa despedazara

tus tiernos miembros entonces,

primero que a mi esperanza

hubieras cortado el hilo

para condenar mi alma.

ENRICO.

Esta novedad me espanta.

PAULO.

Yo soy Paulo, un penitente

que dejé mi amada patria

de poco más de quince años,

y en esta obscura montaña

otros diez serví al Señor.

ENRICO.

¡Gran ventura!

PAULO.

¡Gran desgracia!

Un ángel, rompiendo nubes

y cortinas de oro y plata,

preguntándole yo a Dios
por mi fin, dijo: «Repara
los hechos de un tal Enrico,
que en Nápoles tiene fama,
pues la suerte que él merezca
es la que el cielo te guarda.»
Y Enrico eres tú... Ya ves
qué puedo esperar...

ENRICO.

Palabras
de un ángel, amigo, encierran
cosas que el hombre no alcanza.
No dejara yo la vida
que seguías, pues fué causa
de que, quizá, te condenes
al atreverte a dejarla.
Yo soy el hombre más malo
que naturaleza humana
en el mundo ha producido:
el que nunca habló palabra
sin juramento, el que a tantos
hombres dió muertes tiranas
y el que nunca confesó
sus culpas, aunque son tantas.
Mas de la piedad divina
aún no he perdido esperanza
en que tengo de salvarme,
puesto que no vá fundada,
mi esperanza en obras más,
sino en saber que se humana
Dios con el más pecador
y con su piedad se salva.
Pero ya, Paulo, que has hecho
ese desatino, traza
de que, alegres y contentos,
los dos en esta montaña
pasemos alegre vida
mientras la vida se acaba.
Vamos donde descanséis.
(¡Ay, padre de mis entrañas!)
Una joya, Paulo amigo,
en la ciudad olvidada
se me queda; y aunque temo
el rigor que me amenaza
si allí vuelvo, he de ir por ella,
pereciendo en la demanda.
Un soldado de los tuyos
irá conmigo.

PAULO.

ENRICO. (*Aparte.*)
(*Alto.*)

PAULO.

Pues vaya
Pedrisco, que es animoso.
Dadle la mejor espada
a Enrico, y en esas yeguas,
que al ligero viento igualan,
os pondréis allí en dos horas.

GALVÁN.

(A Pedrisco.)

Yo me quedo en la montaña
a hacer tu oficio.

PEDRISCO.

(A Galván.)

Yo voy
donde paguen mis espaldas
los delitos que tú has hecho.
Adiós, amigo.

ENRICO.

PAULO.

Ya basta
el nombre para abrazarte.

(Abrazanse.)

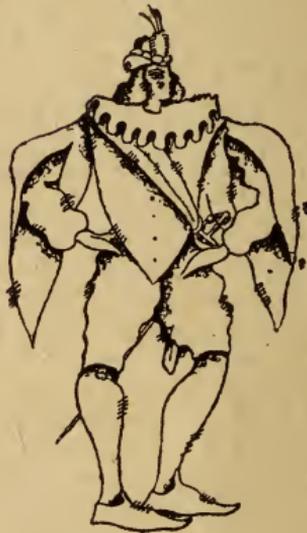
ENRICO.

Aunque malo, confianza
tengo en Dios.

PAULO.

Yo no la tengo
cuando son mis culpas tantas.

TELON





ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

Calabozo en una cárcel, con una reja al fondo, por donde se ve la calle.

ESCENA PRIMERA

ENRICO y PEDRISCO

PEDRISCO.

ENRICO.

PEDRISCO.

¡Buenos estamos los dos!
¿Qué diablos estás llorando?
¿Qué diablos he de llorar?
¿No puedo yo lamentar
pecados que estoy pagando
sin culpa?

ENRICO.

PEDRISCO.

ENRICO.

¿Hay vida como ésta?
¡Cuerpo de Dios, con la vida!
¿Fáltate aquí la comida?
¿No tienes la mesa puesta
a todas horas?

PEDRISCO.

¿Qué importa
que la mesa llegue a ver
si no hay nada que comer?
De necesidades acorta.

ENRICO.

PEDRISCO.
ENRICO.
PEDRISCO.

Alarga tú de comida.
¿No sufrirás como yo?
Que pague aquel que pecó
es sentencia conocida;
pero yo que no pequé,
¿por qué tengo de pagar?

ENRICO.
PEDRISCO.

Pedrisko, ¿quieres callar?
Enrico, yo callaré.
Pero la hambre al fin hará
que hable el que muerto se vió
y que calle aquel que habló
más que un correo.

ENRICO.

¡Que ya
piensas que no has de salir
de la cárcel!

PEDRISCO.

Error fué.
Desde el día que aquí entré
he llegado a presumir
que hemos de salir los dos...
Pues ¿de qué estamos turbados?
Para ser ajusticiados,
si no lo remedia Dios.
No hayas miedo.

ENRICO.
PEDRISCO.

ENRICO.
PEDRISCO.

Bueno está;
pero teme el corazón
que hemos de danzar sin son.
Mejor la suerte lo hará.

ENRICO.

ESCFENA I I

CELIA y LIDORA, en la calle; ENRICO y PEDRISCO

CELIA.

(Deteniéndose frente a la reja.)

No quisiera que las dos,
aunque a nadie tengo miedo,
fuéramos juntas.

LIDORA.

Bien puedo,
pues soy criada, ir con vos.
Quedo, que Celia es aquesta.

ENRICO.
PEDRISCO.
ENRICO.

¿Quién?
Quien más que a sí me adora.
Mi remedio llega ahora.
Bravamente me molesta
la hambre.

ENRICO.

¿Tienes acaso

donde echar todo el dinero
que ahora de Celia espero?
Con toda la hambre que paso,
me he acordado, ¡vive Dios!,
de un talego que aquí tengo.

PEDRISCO.

(*Saca un talego.*)
Pequeño es.

ENRICO.

PEDRISCO. A pensar vengo
que estamos locos los dos:
tú, en pedirle; en darle, yo.
¡Celia hermosa de mi vida!

ENRICO.

CELIA. (*A parte.*)
¡Ay de mí, yo soy perdida!
(*A Lidora.*)
Enrico es el que llamó.
(*Llegándose a la verja.*)
Señor Enrico.

PEDRISCO. ¿Señor?

ENRICO. No es buena tanta crianza.
Ya no tenía esperanza,
Celia, de tan gran favor.

CELIA. ¿En qué puedo yo servirlos?
¿Cómo estáis, Enrico?

ENRICO. Bien;
y ahora mejor, pues ven,
a costa de mil suspiros,
mis ojos los tuyos graves.
Yo os quiero dar...

CELIA.

PEDRISCO. ¡Linda cosa!
¡Oh, qué mujer tan hermosa!
¡Qué palabras tan suaves!
¡Alto! Prevengo el talego.
Pienso que no ha de caber...
Celia, quisiera saber
qué me das...

ENRICO.

CELIA. Daréte luego,
para que salgas de afán...

ENRICO. (*A Pedrisco.*)
Ya lo ves.

PEDRISCO. Tu dicha es llana.
CELIA. La nueva de que mañana
a ajusticiaros saldrán.

PEDRISCO. El talego está ya lleno,
otro es menester buscar.

ENRICO. ¡Que aquesto llegue a escuchar!
Celia, escucha.

PEDRISCO. Aquesto es bueno.

CELIA. Ya estoy casada.
 ENRICO. ¡Casada!
 ¡Vive Dios!
 PEDRISCO. Tente.
 ENRICO. ¿Qué aguardo?
 ¿Con quién, Celia?
 CELIA. Con Lisardo,
 y estoy muy bien empleada.
 ENRICO. Mataréle.
 CELIA. Dejaos de eso
 y poneos bien con Dios,
 que es lo que os importa a vos.
 LIDORA. Vamos, Celia.
 ENRICO. Pierdo el seso.
 Celia mía.
 CELIA. Estoy de prisa.
 PEDRISCO. Por Dios, que estoy por reírme.
 CELIA. Ya sé que queréis decirme
 que se os diga alguna misa.
 Yo lo haré. Quedad con Dios.
 ENRICO. ¡Quién rompiera aquestas rejas!
 LIDORA. No escuches, Celia, más quejas;
 vámonos de aquí las dos.
 ENRICO. ¡Que esto sufro! ¿Hay tal crueldad?
 PEDRISCO. ¡Lo que pesa este talego!
 CELIA. ¡Qué braveza!
 ENRICO. Yo estoy ciego.
 ¿Hay tan grande libertad?

ESCENA III

ENRICO y PEDRISCO

PEDRISCO. Yo no entiendo la moneda
 que hay en aqueste talego,
 que, ¡vive Dios!, que no pesa
 una paja.
 ENRICO. ¡Santos cielos,
 que aquestas afrentas sufra!
 ¿Cómo no rompo estos hierros?
 ¿Cómo estas rejas no arranco?
 PEDRISCO. Detente.
 ENRICO. Déjame, necio.
 ¡Vive Dios, que he de rompellas
 y he de castigar mis celos!
 PEDRISCO. Los porteros vienen.
 ENRICO. Vengan.

ESCENA V

DICHOS. Dos PORTEROS. PRESOS

- PORT. 1.º ¿Ha perdido acaso el seso
el homicida ladrón?
- ENRICO. Moriré si no me vengo.
De mi cadena haré espada.
*(Rompe la cadena que le sujetaba y da con ella
contra el portero y los presos.)*
- PEDRISCO. Que te detengas te ruego.
PORT. 1.º ¡Oídle, matadle, muera!
- ENRICO. Hoy veréis, infames presos,
de los celos el poder
en desesperados pechos.
*(El portero 1.º y los presos huyen. Enrico los
persigue.)*
- PORT. 2.º Un eslabón me alcanzó
y dió conmigo en el suelo.
ENRICO. *(Volviendo a escena.)*
¿Por qué, cobardes, huís?
- PEDRISCO. Un portero dejó muerto.
VOCES. *(Dentro.)*
¡A matarle!
- ENRICO. ¿Qué es matar?
A falta de noble acero,
no es mala aquesta cadena
con que mis agravios vengo.
¿Para qué de mí huís?
- PEDRISCO. Al alboroto y estruendo
se ha levantado el alcaide.

ESCENA V

EL ALCAIDE, CARCELEROS, ENRICO, PEDRISCO y PORTERO
SEGUNDO

- ALCAIDE. ¡Hola! ¡Teneos! ¿Qué es esto?
(Los carceleros se apoderan de Enrico.)
- PORT. 2.º Ha muerto aqese ladrón
a Fidelio.
- ALCAIDE. ¡Vive el cielo!
que a no saber que mañana,

ENRICO.

dando público escarmiento,
has de morir ahorcado,
que hiciera en tu aleve pecho
mil bocas con esta daga.
¡Que esto sufro, Dios eterno!
¡Que mal me traten así!
Fuego por los ojos vierto.
No pienses, alcaide infame,
que te tengo algún respeto
por el oficio que tienes,
sino porque más no puedo;
que a poder, ¡ah, cielo airado!,
entre mis brazos soberbios
te hiciera dos mil pedazos
y despedazado el cuerpo
me lo comiera a bocados,
y que no quedara pienso
satisfecho de mi agravio.

ALCAIDE.

Mañana, a las diez, veremos
si es más valiente un verdugo
que todos vuestros aceros.
Otra cadena le echad.

ENRICO.

Eso, sí, vengan más hierros;
que de hierros no se escapa
hombres que tantos ha hecho.

PEDRISCO.

Pobre y desdichado Enrico.

PORT. 2.º

Más desdichado es el muerto,
que el cadenazo cruel
le echó en la tierra los sesos.

PEDRISCO.

Ya quieren dar la comida.

UN CARC.

(Dentro.)

Vayan llegando, mancebos,
por la comida.

PEDRISCO.

En buen hora,
porque mañana sospecho
que han de añudarme el tragar,
y será acertado medio
que lleve la alforja hecha
para que allá convidemos
a los demonios magnates
a la entrada del infierno.

(Vanse todos menos Enrico.)

ESCENA VI

ENRICO

ENRICO.

En lóbrega confusión
ya, valiente Enrico, os veis,
pero nunca desmayéis.
Tened fuerte corazón,
porque aquesta es la ocasión
en que tenéis de mostrar
el valor que os ha de dar
nombre altivo, ilustre fama.
Mirad...

UNA VOZ. (*Dentro.*)

Enrico.

ENRICO.

¿Quién llama?

Esta voz me hace temblar.
Los cabellos erizados
pronostican mi temor:
mas, ¿dónde está mi valor?
¿Dónde mis hechos pasados?
Enrico.

LA VOZ.

ENRICO.

Muchos cuidados
siente el alma. ¡Cielo santo!
¿Cúya es voz que tal espanto
infunde en el alma mía?
Enrico.

LA VOZ.

ENRICO.

A llamar porfía.
De mi flaqueza me espanto.
A esta parte la voz suena
que tanto temor me da.
¿Si es algún preso que está
amarrado a la cadena?
Vive Dios que me da pena.

ESCENA VII

DICHO. EL DEMONIO

DEMONIO. (*Invisible para Enrico.*)

Tu desgracia lastimosa
siento.

ENRICO.

¡Qué confuso abismo!

No me conozco a mí mismo,
y el corazón no reposa.
Las alas está batiendo
con impulso de temor:
ENRICO, ¿éste es el valor?
Otra vez se oye el estruendo.
DEMONIO. Librarte, ENRICO, pretendo.
ENRICO. ¿Cómo te puedo creer,
voz, si no llego a saber
quién eres ni adónde estás?
DEMONIO. Pues ahora me verás.

(Aparécese como una sombra.)

ENRICO. Ya no te quisiera ver.
DEMONIO. No temas.
ENRICO. Un sudor frío
por mis venas se derrama.
DEMONIO. Hoy cobrarás nueva fama.
ENRICO. Poco de mis fuerzas fio.
No te acerques.
DEMONIO. Desvarío
es el temer la ocasión.
ENRICO. Sosiégate, corazón.

(A una señal del demonio se abre un portillo en el muro.)

DEMONIO. ¿Ves aquel postigo?
ENRICO. Sí.
DEMONIO. Pues salte por él: y ansí
no estarás en la prisión.
ENRICO. ¿Quién eres?
DEMONIO. Salte al momento
y no preguntes quién soy,
que yo también preso estoy
y que te libras intento.
ENRICO. ¿Qué me dices, pensamiento?
DEMONIO. ¿Libraréme? Claro está.
Aliento el temor me da
de la muerte que me aguarda.
Vamos, pues. ¿Quién me acobarda?
Mas otra voz suena ya.

(Cantan dentro.)

Voz. Detén el paso violento,
mira que te está mejor
que de la prisión librarte,
el estarte en la prisión.

ENRICO.

Al revés me ha aconsejado
la voz que en el aire he oído,
pues mi paso ha detenido,
si tú le has acelerado.
Que me está bien he escuchado
el estar en la prisión.

DEMONIO.

Esa, Enrico, es ilusión
que te representa el miedo.

ENRICO.

Yo he de morir si me quedo:
quiero ir: tienes razón.

(Cantan.)

VOZ.

Detente, engañado Enrico,
no huyas de la prisión,
pues morirás si salieres
y si te estuvieras, no.

ENRICO.

Que si salgo he de morir
y si quedo viviré,
dice la voz que escuché.

DEMONIO.

¿Que al fin no te quieres ir?

ENRICO.

Quedarme es mucho mejor.

DEMONIO.

Atribúyelo a temor:
pero pues tan ciego estás,
quédate preso y verás
cómo te ha estado peor.

(Vase.)

ESCENA VIII

ENRICO

ENRICO.

Desapareció la sombra,
y confuso me dejó.
¿No es éste el portillo? No.
Este prodigio me asombra.
¿Estaba ciego yo o vi
en la pared un portillo?
Pero yo me maravillo
del gran temor que hay en mí.
¿No puedo salirme yo?
Sí, bien me puedo salir.
Pues, ¿cómo?... ¡Que he de morir!
La voz me atemorizó.
Algún gran daño se infiere
de lo turbado que fui.
No importa: yo estoy aquí
para el mal que me viniere.

ESCENA IX

EL ALCAIDE, ENRICO; después un PORTERO y PEDRISCO

ALCAIDE.

Yo solo tengo de entrar,
los demás pueden quedarse.
Enrico.

ENRICO.
ALCAIDE.

¿Qué me mandáis?
En los rigurosos trances
se echa de ver el valor:
ahora podréis mostrarle.
Estad atento.

ENRICO.
ALCAIDE.

Decid.

(*Aparte.*)

Aún no ha mudado el semblante.
«En el pleito que es entre partes, de la una
el promotor Fiscal de Su Majestad, ausente, y
de la otra, reo acusado Enrico, por los delitos
que tiene en el proceso, por ser matador, faci-
neroso, incorregible y otras cosas. Vista. Falla-
mos que le debemos condenar y condenamos a
que sea sacado de la cárcel donde está con soga
a la garganta y pregoneros delante que digan
su delito, y sea llevado a la plaza pública,
donde estará una horca de tres palos, alta del
suelo, en la cual sea ahorcado naturalmente.
Y ninguna persona sea osada a quitalle de ella
sin nuestra licencia y mandado. Y por esta sen-
tencia definitiva juzgando, así lo pronuncia-
mos y mandamos.»

(*Vase el Alcaide.*)

PORTERO.

Dos padres de San Francisco
están para confesarle
aguardando fuera.

ENRICO.

¡Bueno!

¡Por Dios que es gentil donaire!
Diga que se vuelvan luego
a sus conventos los frailes.
Advierte que has de morir.
Moriré sin confesarme.

PORTERO.

ENRICO.

PORTERO.

ENRICO.

¿Qué más hiciera un gentil?
Esto que le he dicho baste,
que ¡por Dios! si me amohino...

PORTERO.

No aguardo más.

(Vase.)

ENRICO.

Muy bien hace.

(Para sí.)

¿Qué cuenta daré yo a Dios
de mi vida, ya que el trance
último llegó de mí?

¿Yo tengo de confesarme?

Parece que es necedad.

¿Qué memoria habrá que baste
a recorrer las ofensas
que a Dios he hecho? Más vale
no tratar de aquestas cosas.

Advierte que esos dos padres
están de aguardar cansados.

¿Pues he dicho yo que aguarden?

¿No crees en Dios?

PEDRISCO.

ENRICO.

PEDRISCO.

ENRICO.

Juro a Cristo

que pienso que has de enojarme
y que en los padres y en ti
he de vengar mis pesares.

(Vase Pedrisco.)

ESCENA X

ENRICO

ENRICO.

Ya estoy sentenciado a muerte:
ya mi vida miserable
tiene de plazo dos horas.
Voz que mi daño causaste,
¿fuiste de algún enemigo
que así pretendió vengarse?
¿No dijiste que a mi vida
le importaba de la cárcel
no hacer ausencia? Pues, di,
¿cómo quieren ya sacarme
a ajusticiar? Falsa fuiste:
pero yo también cobarde,
pues que me pude salir,
y no dar venganza a nadie.
Mas gente viene... Sin duda
se acerca mi fin...

ESCENA XI

ANARETO, el PORTERO y ENRICO

PORT. 2.º

Habladle,
podrá ser que vuestras canas
muevan tan duro diamante.

ANARETO.

Enrico, querido hijo,
puesto que en verte me aflijo
de tantas culpas cargado,
ver que pagues tu pecado
me da sumo regocijo.

¡Venturoso del que acá,
pagando sus culpas, va
con firme arrepentimiento,
que es pintado este tormento
si se compara al de allá!
La cama, Enrico, dejé,
y arrimado a este bordón,
por quien me sustento en pie,
vengo en aquesta ocasión.

ENRICO.

¡Ay padre mío!

ANARETO.

No sé,
Enrico, si aquese nombre
será razón que me cuadre,
aunque mi rigor te asombre.

ENRICO.

Eso, ¿es palabra de padre?

ANARETO.

No es bien que padre me nombre
un hijo que no cree en Dios.

ENRICO.

Padre mío, ¿eso decís?

ANARETO.

No sois mi hijo vos,
pues que mi ley no seguís.
Solos estamos los dos.

ENRICO.

No os entiendo.

ANARETO.

¡Enrico, Enrico!
A reprimir me aplico
vuestro loco pensamiento,
siendo la muerte instrumento
que tan cierto os pronostico.
Hoy os han de ajusticiar,
¡y no os queréis confesar!
¡Buena cristiandad por Dios!
Pues el mal es para vos
y para vos el pesar.

Aqueso es tomar venganza
de Dios, que el poder alcanza
del divino cielo eterno.

Enrico, ved que hay infierno
para tan larga esperanza.

Es el quererte vengar
de esa suerte, pelear
con un monte o una roca,
pues cuando el brazo le toca
es para el brazo el pesar.

Es, con dañoso desvelo,
escupir el hombre al cielo
presumiendo darle enojos,
pues que le cae en los ojos
lo mismo que arroja al cielo.
Hoy has de morir: advierte
que ya está echada la suerte:
confiesa a Dios tus pecados,
y ansí, siendo perdonados,
será vida lo que es muerte.

Si quieres mi hijo ser,
lo que te digo has de hacer.
Si no (de pesar me aflijo),
ni te has de llamar mi hijo,
ni yo te he de conocer.

ENRICO.

Bueno está, padre querido:
que más el alma ha sentido
(buen testigo de ello es Dios)
el pesar que tenéis vos
que el mal que espero afligido.
Haré cuanto me ordenéis,
padre mío de mis ojos.

ANARETO.

ENRICO.

ANARETO.

ENRICO.

ANARETO.

ENRICO.

Pues ya mi hijo seréis.
No os quisiera dar enojos.
Vamos por que os confeséis.
¡Ay! ¡Cuánto siento el dejaros!
¡Oh! ¡Cuánto siento el perderos!
¡Ay, ojos! Espejos claros,
antes hermosos luceros,
pero ya de luz avaros.
Vamos, hijo.

ANARETO.

ENRICO.

A morir voy:
todo el valor he perdido.

Sin juicio y sin vida estoy.

¡Aguardad, padre querido!

¡Qué desdichado que soy!

Señor piadoso y eterno,

ANARETO.

ENRICO.

ANARETO.

ENRICO.

que en vuestro alcázar pisáis
cándidos montes de estrellas,
mi petición escuchad.
Yo soy el hombre más malo
que la luz llegó a alcanzar
de este mundo, el que os ha hecho
más que arenas tiene el mar
ofensas; pero, Señor,
mayor es vuestra piedad.
Y vos, aurora del cielo,
vos, Virgen bella, que estáis
de paraninfos cercada
y siempre amparo os llamáis,
decidle que yo quisiera
cuando comienzo a gozar
entendimiento y razón,
pasar mil muertes y más
antes de haberle ofendido.
Adentro prisa me dan.
¡Gran Señor! Misericordia.

ANARETO.
ENRICO.

(Para sí.)

La enigma he entendido ya
de la voz y de la sombra.
La voz era angelical,
y la sombra era el demonio.
Vamos, hijo.

ANARETO.
ENRICO.

¿Quién oirá
ese nombre, que no haga
de sus dos ojos un mar?
No os apartéis, padre mío,
hasta que hayan de expirar
mis alientos.

ANARETO.

No hayas miedo.
Dios te dé favor.

ENRICO.

Sí hará,
que es mar de misericordia,
aunque yo voy muerto ya.
Ten valor.

ANARETO.
ENRICO.

En Dios confío.
Vamos, padre, donde están
los que han de quitarme el ser
que vos me pudisteis dar.

(Vanse.)



CUADRO SEXTO

ESCENA XII

Mutación. Selva. PAULO

PAULO.

Cansado de correr vengo
por ese monte intrincado:
atrás la gente he dejado
que a ajena costa mantengo.
Al pie de este sauce verde
quiero un poco descansar,
por ver si acaso el pesar
de mi memoria se pierde.
Tú, fuente, que murmurando
vas, entre guijas corriendo,
en tu fugitivo estruendo
plantas y aves alegrando,
dame algún contento ahora,
infunde al alma alegría
con esa corriente fría
y con esa voz sonora.
Lisonjeros pajarillos
que no entendidos cantáis,
y holgazanes gorjeáis

entre juncos y tomillos,
dad con picos sonorosos
y con acentos suaves
gloria a mis pesares graves
y sucesos lastimosos.
En este verde tapete
guionado de cristal
quiero divertir mi mal
que mi triste fin promete.

(Echase a dormir, y sale el pastorcillo del segundo acto deshaciendo la corona de flores.)

ESCENA XIII

PAULO, dormido; el PASTORCILLO

PASTORC.

Selvas intrincadas,
verdes alamedas,
fuentes que corréis
murmurando apriesa,
por menudas guijas,
por blancas arenas,
yo soy el pastor
que en vuestras riberas
guardé un tiempo alegre
cándidas ovejas:
y mi mayoral,
que en ajena tierra
vive, me tenía
voluntad sincera
porque le llevaba
cuando quería verlas
las ovejas blancas
como nieve en pellas.
Pero desde el día
que una, la más bella,
huyó del Señor,
lágrimas me anegan.
Por tenerle amor,
con flor de la selva
tejí una guirnalda
para su cabeza,
pero no la quiso,
que engañada y necia

dejó a quien le amaba
con mayor firmeza,
y es fuerza que torne
hoy a deshacerla.

PAULO.

Pastor que otra vez
te vi en esta sierra,
si no muy alegre,
no con tal tristeza,
el verte me admira.

PASTORC.

¡Ay perdida oveja!
¡De qué gloria huyes
y a qué mal te allegas!

PAULO.

¿No es una guirnalda
la que en las florestas
entonces tejías
con gran diligencia?

PASTORC.

Esta misma es:
mas la oveja necia
no quiso volver
al bien que le espera,
y así la deshago.

PAULO.

Si acaso volviera,
zagalejo amigo,
¿no la recibieras?

PASTORC.

Enojado estoy:
mas la gran clemencia
de mi mayoral
dice que aunque vuelvan,
si antes fueron blancas,
al rebaño negras,
que las dé mis brazos,
y sin extrañeza,
requiebros las diga
y palabras tiernas.

PAULO.

Pues es superior,
fuerza es que obedezcas.

PASTORC.

Yo obedeceré:
pero no quiere ella
volver a mis voces,
en sus vicios ciega.
Ya de aquestos montes
en las altas peñas
la llamé con silbos,
y avisé con señas.
Ya por los jarales
por incultas selvas
la anduve a buscar:

PAULO.

¡qué de ello me cuesta!
Yo traigo las plantas
de jaras diversas
y agudos espinos
rotas y sangrientas.
No puedo hacer más.
En lágrimas tiernas
baña el pastorcillo
las mejillas bellas.
Pues te desconoce,
olvídate de ella
y no llores más.

PASTORC.

Que lo haga es fuerza.
Volved, bellas flores
a cubrir la tierra,
pues que no fué digna
de vuestra belleza.
Veamos si allá
en la tierra nueva
la pondrán guirnalda
tan rica y tan bella.
Quedaos, montes míos,
desiertos y selvas
adiós, porque voy
con la triste nueva
a mi mayoral:
y cuando lo sepa
(aunque ya lo sabe),
sentirá su mengua,
no la ofensa suya,
aunque es tanta ofensa.
Lleno voy a verle
de miedo y vergüenza:
lo que ha de decirme,
fuerza es que lo sienta.
Diráme «Zagal,
¿así las ovejas
que yo os encomiendo
guardáis?» ¡Triste pena!
Yo responderé...
No hallaré respuesta,
si no es que mi llanto
la respuesta sea.

(Vase.)

ESCENA XIV

PAULO

PAULO.

La historia parece
de mi vida aquesta;
de este pastorcillo
no sé lo que sienta:
que tales palabras
fuerza es que prometan
oscuros enigmas...
Mas, ¿qué luz es esta
que a la luz del sol
sus rayos se afrentan?

(*Suena música dentro.*)

Música celeste
en los aires suena
y a lo que adivino,
dos ángeles llevan
una alma gloriosa
a la excelsa esfera.

(*Se ve a Enrico llevado al cielo por dos ángeles.*)

¡Dichosa mil veces,
alma, pues hoy llegas
donde tus trabajos
fin alegre tengan!

(*Cesa la música.*)

Frutas y plantas agrestes,
a quien el hielo corrompe,
¿no veis cómo el cielo rompe
ya sus cortinas celestes?
Ya rompiendo densas nubes
y esos transparentes velos,
alma, a gozar de los cielos
feliz y gloriosa subes.
Ya vas a gozar la palma
que la ventura te ofrece.
¡Triste del que no merece
lo que tú mereces, alma!

ESCENA XV

GALVAN y PAULO

GALVÁN.

Advierte, Paulo famoso,
que por el monte ha bajado
un escuadrón concertado
de gentes y armas copioso,
que viene sólo a prendernos.
Si no pretendes morir,
solamente, Paulo, huir
es lo que puede valernos.
¿Escuadrón viene?

PAULO.

GALVÁN.

Esto es cierto:

ya se divisa la hilera
con su caja y su bandera.
No escapas de preso o muerto
si aguardas.

PAULO.

GALVÁN.

¿Quién le ha traído?

Villanos, si no me engaño
(como hacemos tanto daño
en este monte escondido),
de aldeas circunvecinas
se han juntado...

PAULO.

GALVÁN.

Pues matallos.

PAULO.

GALVÁN.

PAULO.

¡Qué! ¿Te animas a esperallos?
Mal quien es Paulo imaginas.
Nuestros peligros son llanos.
Sí, pero advierte también
que basta un hombre de bien
para cuatro mil villanos.
Ya tocan. ¿No lo oyes?

GALVÁN.

PAULO.

Cierra

y no receles el daño:
que antes que fuese ermitaño
supe también qué era guerra.

ESCENA XVI

Un JUEZ, villanos armados, PAULO y GALVAN

JUEZ.

Hoy pagaréis las maldades
que en este monte habéis hecho.
En ira se abrasa el pecho.

PAULO.

UN VILL.
GALVÁN.

Soy Enrico en las crueldades.
Ea, ladrones, rendíos.
Mejor nos está el morir...
mas yo presumo qué huir,
que para eso tengo bríos.

*(Huye Galván, y le siguen muchos villanos
Paulo éntrase acuchillando con los demás. Vans
todos.)*

PAULO.

(Dentro.)

Con las flechas me acosáis
y con ventaja reñís:
más de doscientos venís
para veinte que buscáis.

JUEZ.

(Dentro.)

Por el monte va corriendo.

(Baja Paulo por el monte lleno de sangre.)

PAULO.

Ya no bastan pies ni manos:
muerte me han dado villanos;
de mi cobardía me ofendo...
Volveré a darles la muerte...
Pero no puedo... ¡Ay de mí!...
El cielo, a quien ofendí,
se venga de aquesta suerte.

(Cae Paulo.)

ESCENA XVII

PEDRISCO

PEDRISCO.

*(Sin ver a Paulo, que está moribundo en el
suelo.)*

Como en las culpas de Enrico
no me hallaron culpado,
luego que públicamente
los jueces le ajusticiaron,
me echaron la puerta afuera
y vengo al monte. ¿Qué aguardo?
¡Qué miro! La selva y monte
anda todo alborotado;
allí dos villanos corren,
las espadas en las manos.
Allí va herido Fineo
y allí huyen Celio y Fabio,
y aquí, ¡qué gran desventura!,
tendido está el fuerte Paulo.

PAULO. ¿Volvéis, villanos, volvéis?
La espada tengo en la mano:
no estoy muerto, vivo estoy,
aunque ya de aliento falto.
Pedrisco soy, Paulo mío.
Pedrisco, llega a mis brazos.
¿Cómo estás así?
¡Ay de mí!
Muerte me han dado villanos.
Pero ya que estoy muriendo,
saber de ti, amigo, aguardo
qué hay del suceso de Enrico.
¿Qué hay de Enrico? Que lo ahorcaron
en Nápoles.

PEDRISCO. Pues así,
¿quién duda que condenado
estará ya en el infierno?
Mira lo que dices, Paulo,
pues murió cristianamente,
confesado y comulgado,
y abrazado con un Cristo,
en cuya vista enclavados
los ojos, pidió perdón
y misericordia, dando
asombro a cuantos lo vieron.
¡Oh, Enrico, el hombre más malo
que crió Naturaleza!

PAULO. Dos ángeles se llevaron
el alma de Enrico al cielo.
Mis ojos lo han visto, Paulo.
Mientes, otra alma sería,
no la de Enrico.

PEDRISCO. ¡Dios santo!
Reducidle vos... Yo muero.

PAULO. Mira que Enrico gozando
está de Dios: pide a Dios
perdón.

PEDRISCO. ¿Y cómo ha de darlo
a un hombre que le ha ofendido
como yo?

PAULO. ¿Qué estás dudando?
¿No perdonó a Enrico?

PEDRISCO. Dios
es piadoso... Pues es claro.

PAULO. Pero no con tales hombres.

PEDRISCO.
PAULO.
Yo muero, dame tus brazos.
Procura tener su fin.
Esa palabra me ha dado
Dios: si Enrico se salvó
también yo salvarme aguardo.

(Muere.) (Salen Bandidos primero y segundo
Después Villanos y el Juez.)

BAND. 1.º
PEDRISCO.
Pedrisco, ¿y el capitán?
Murió el capitán. Llevadlo
conmigo a lo más espeso
del bosque.

BAND. 2.º
Bien dices; vamos,
que ya la justicia llega.

(Llévanse el cuerpo de Paulo entre Pedrisco y
los dos bandidos.)

ESCENA XVIII

EL JUEZ, los VILLANOS, GALVAN (preso) y PEDRISCO. Después
algunos villanos se internan en el bosque.

JUEZ.
Si el capitán ha escapado,
poca diligencia ha sido.

UN VILL.
Yo lo vi caer rodando,
pasado de mil saetas,
de sus altivos peñascos.

UNA VOZ. (Desde la selva.)
Un hombre hay aquí.

JUEZ. Prendedle.

PEDRISCO. (Entra preso entre villanos.)
¡Ay Pedrisco desdichado!
Esta vez te dan cadena.

VILL. 2.º (Señala a Galván.)
Ese es criado de Paulo,
y cómplice en su delito.

GALVÁN.
Tú mientes como villano,
que sólo yo fui de Enrico.

PEDRISCO.
Y yo, Galvancito hermano.

(Aparte a Galván.)

No me descubras aquí,
por amor de Dios.

JUEZ. Si acaso
me decís dónde se esconde

el capitán que buscamos,
la libertad os daré:
hablad.

PEDRISCO.

Buscarle es en vano
cuando ha muerto.

JUEZ.

¿Cómo muerto?

PEDRISCO.

De varias flechas y dardos
pasado le hallé, señor,
con la muerte agonizando
en aqueste mismo sitio.

JUEZ.

¿Y dónde está?

PEDRISCO.

Entre esos ramos
le escondí.

(Señalando al interior del bosque.)
(Aparece Paulo rodeado de llamas.)

PAULO.

Mas, ¡qué visión
descubro de tanto espanto!
Si a Paulo buscando vais,
bien podéis ya ver a Paulo,
ceñido el cuerpo de fuego
y de dragones cercado.
No doy la culpa a ninguno
de los tormentos que paso:
sólo a mí me doy la culpa,
pues fuí causa de mi daño.
Malditos mis padres sean
mil veces, pues me engendraron,
y yo también sea maldito,
pues nací desconfiado.

(Húndese, y sale fuego.)

TELON

LA FARSA

está a la venta en la

Librería y Editorial Madrid

Arenal, 9 = MADRID

Donde puede usted suscribirse,

adquirir el número de la se-

mana y los números atrasados

que falten para completar su

: : : colección : : :



LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

Las obras más interesantes; las
de más prestigiosos autores; las
que más expectación hayan des-
pertado, las encontrará usted en

LA FARSA

EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, 18.—MADRID